
ACTO PRIMERO.

Sala gótica antigua del ayuntamiento de Pilsen, decorada con banderas y otros trofeos bélicos.

ESCENA PRIMERA.

ILLO con BUTLER é ISOLANI.

ILLO.—Tarde llegáis... pero llegáis al fin. Tan largo camino, oh Conde Isolani, disculpa vuestra tardanza.

ISOLANI.— Pero no venimos con las manos vacías. Dijosenos en Donauworth que un convoy de provisiones sueco, compuesto de seiscientos carros, pasaba al mismo tiempo... Atacáronlo los croatas, y lo traemos.

ILLO.—A punto llega para proveer este ejército numeroso.

BUTLER.— Vida hay aquí sin duda; bien lo veo.

ISOLANI.— Sí, sí; hasta las iglesias están llenas de soldados. (Mirando alrededor.) Y hasta en el Ayuntamiento, según observo, os habéis cómodamente aposentado... ¡Ya, ya! El soldado se arregla y se ayuda como puede.

ILLO.— Se han reunido aquí los coroneles de treinta regimientos; encontraréis á Terzky, á Tiefenbach, á Colalto, á Götz, Maradas, Hinnersan, y además á Piccolomini padre é hijo... Podréis saludar á muchos amigos antiguos. Sólo nos faltan Gallas y Altringer.

BUTLER.— No esperéis á Gallas.

ILLO. (Sorprendido.) ¿Cómo así? Sabéis...

ISOLANI. (Interrumpiéndole.) — ¿Maximiliano Piccolomini aquí? ¡Oh! Llevadme á verlo. Parece que ahora le contemplo, como diez años hace, cuando peleamos contra Mansfeld en Dessau, y se lanzó desde el puente con su caballo para socorrer á su padre en peligro, arrastrado por la corriente rápida del Elba. El bozo apenas daba sombra á su barba, y ahora, segun dice la fama, es ya un héroe perfecto.

ILLO. — Hoy lo veréis. Escolta desde la Carintia á la Duquesa de Friedlandia, y á la Princesa, y estarán aquí antes del mediodía.

BUTLER. — ¿Trae también el Duque á su esposa, y á su hija? Mucha gente quiere reunir, sin duda.

ISOLANI. — Tanto mejor. Yo esperaba no oír hablar más que de marchas, de baterías y de ataques, y he aquí que el mismo Duque se encarga de recrear nuestros ojos con cosas más agradables.

ILLO. (Pensativo, á Butler, al que lleva un poco aparte.) — ¿Cómo sabéis que el Conde Gallas permanecerá fuera?

BUTLER. (Con misterio.) Porque él mismo ha intentado retenerme junto á sí.

ILLO. (Con pasión.) — ¡Y mostrasteis firmeza en vuestro propósito? (Apretándole la mano.) ¡Valiente Butler!

BUTLER. — Después de los favores, que recientemente me ha dispensado el Príncipe...

ILLO. — ¡Sí, sí, General mayor! Os doy la enhorabuena.

ISOLANI. — Del regimiento que el Príncipe le ha concedido, ¿no es verdad? Y, según parece, es el mismo, en que sirvió como soldado. Seguramente, pues, ha de ser esto un estímulo para todo el cuerpo; un ejemplo loable que pruebe cómo puede hacer su carrera un antiguo y benemérito guerrero.

BUTLER. — Dudo si recibir ó no vuestras felicitaciones, faltando todavía la confirmación del Emperador.

ISOLANI. — ¡Es cosa hecha; es cosa hecha! La mano que os ha colocado ya en ese puesto, es bastante fuerte para manteneros en él, á pesar del Emperador y de sus ministros.

ILLO. — ¡Ojalá que todos nosotros reflexionáramos en esto! Nada debemos al Emperador; del Duque proviene cuanto esperamos, cuanto tenemos.

ISOLANI. (A Illo.) — ¿Os lo he contado ya, compañero? El Príncipe se propone contentar á mis acreedores, y en adelante ser él mismo mi cajero, hasta hacer de mí un hombre arreglado. ¡Y advertid que ya va por tres veces que este comportamiento, digno de un rey, me libra de una ruina cierta, y de una cierta deshonra!

ILLO. — ¡Y si pudiera hacer cuanto desea! Tierras y vasallos prodigaría gustoso á sus soldados. Pero lo sujetan en Viena, y siempre que es posible le cortan los vuelos... Si no, ahí están las nuevas y orondas exigencias que nos trae Questenberg ahora.

BUTLER. — Algo he oído yo también de estas pretensiones imperiales... espero, sin embargo, que no cederá el Duque ni una sola pulgada.

ILLO. — De su derecho, no, de seguro... pero quizás... su puesto.

BUTLER. (Sorprendido.) — ¿Sabéis alguna cosa? Me asustáis.

ISOLANI. (Bajando la voz.) — Nos veríamos todos arruinados.

ILLO. — ¡Cortemos por lo sano!... Pero veo venir allí á nuestro hombre, con el teniente general Piccolomini.

BUTLER. (Moviendo la cabeza pensativo.) — Mucho me temo que salgamos de aquí como vinimos.